

El amor exigente

Alberto Zamuner

El amor exigente

Alberto Zamuner

Capítulo 1

Hay quienes sienten un amor *amplio*, que en vez de abarcar a pocos seres abarca a muchos, y quienes sienten un amor *profundo*, que *va más lejos* en sus finalidades.

El amor no es amor *si no pasa a la acción*. Nadie dirá que una persona ama a otra si no le ve hacer nada por ella.

Hablar de hacer algo por alguien es dar por entendido que es *para su bien*

Y allí se nos aparece el gran tema: mencionamos a cada instante *el bien* como si supiéramos sin ninguna duda de qué se trata. Pero no nos preguntamos *en qué consiste el bien*.

Tal vez algunos se vean ante una enorme incertidumbre y otros se lo respondan con sencillez; pero una cosa es segura: *no todos se responderán lo mismo*.

Es habitual aseverar que en la vida de las personas, o de la sociedad en general, muchas cosas andan mal porque *falta amor*. No es tan habitual darse cuenta de que incluso cuando *no falta amor* abundan los problemas. Esto se origina en que no todo intento de *hacer el bien* deriva en un verdadero bien. Muchos buenos intentos terminan empeorando las cosas. Una y otra vez el centro del problema es la misma pregunta: *¿qué es el bien?*

Y para responderse cualquier interrogante sobre el bien, sobre *las verdaderas necesidades del hombre*, hace falta tener una idea de *qué es el hombre*.

De ahí que haya múltiples personas, movimientos sociales, políticos o religiosos queriendo hacer algo *por el bien del hombre* y, como no todos se dicen lo mismo sobre *qué es el hombre*, ese "algo" que hace cada uno es inconcebiblemente distinto de lo que hace otro, hasta el punto de que diferentes grupos se matan entre sí, procurando cada uno con la mayor sinceridad *el bien del hombre*.

Sin intentar una conclusión definitiva ni indiscutible, hay que procurar aclararse progresivamente *qué es el hombre*, para extraer de esto la idea de *qué necesita el hombre*, o sea qué necesita uno mismo, los seres que ama y la gente en general.

Ni bien se empieza con el tema, es habitual decir que el ser humano necesita *comida*. No sólo porque nuestra estructura biológica es lo más inmediatamente visible, sino porque la necesidad de alimentarla es tan urgente que no se puede dejar de lado. De ahí que abunden quienes, a la hora de preocuparse por *el bien* propio o ajeno, no piensen más que en obtener o en dispensar alimentos.

Más allá de esta base "indiscutiblemente visible" empiezan las discusiones. Una posibilidad de respuesta amplia, que de todos modos puede ser cuestionada, es decir que el hombre es *algo más*, que alberga potencialidades que, aunque no sepamos cómo ni por qué, pueden desarrollarse.

En este caso, el *bien* propio del ser humano sería *el acto de desarrollarse*.

Esta respuesta empieza a meternos en dificultades, porque la comida es una cosa tangible, que puede ser suministrada por unos a otros; pero el *acto* de desarrollarse ocurre exclusivamente en el interior de una persona. Más aún: ocurre exclusivamente *si lo determina la voluntad* de esa persona.

En tal caso no habría posibilidad de *dar* nada. A no ser que exista la posibilidad de dar *propuestas, consejos, aliento* para que una persona se desarrolle, y la posibilidad de *exigírselo*; no en nombre de nuestras preferencias, sino como el medio para que ella misma alcance el mayor bien posible.

De esta posibilidad, de esta convicción de que el hombre es o puede ser algo más, nace el *amor exigente*.

Como el amor superficial quiere que los demás tengan comida, salud, ropa o morada, el amor exigente quiere que los demás *se desarrollen*.

Para los que sufran como si preferir una opción obligara a rechazar la otra, hay que considerar que cuando las personas *se desarrollan*, desarrollan también su capacidad de obtener o producir comida.

Para el amor exigente no es "mala" la búsqueda de comida ni la de placer: lo único verdaderamente malo es *desatender el desarrollo*.

Por ejemplo, para el amor superficial robar es malo porque significa despojar a alguien de sus bienes. Para el amor exigente, robar es malo fundamentalmente porque *empeora* a quien lo hace, tiende a contagiar su conducta y a *empeorar* a la sociedad. En última instancia, generaría un mal indeseable para ambos tipos de amor: vivir entre gente *peor* y, además, en una sociedad donde todos poseerían cada vez menos bienes.

Es interesante observar que las exigencias del *amor exigente* no se contraponen con las inquietudes del *amor superficial* respecto a las necesidades biológicas. Es más: cumplir las exigencias del amor exigente deriva con el tiempo en una mejora en el terreno material y biológico.

Tal vez el gran punto de conflicto entre los dos tipos de amor resida en esa breve especificación: *con el tiempo*.

El amor superficial no se lleva bien con el tiempo. Quiere todas las cosas *inmediatamente*, como siempre las quiere nuestro ser biológico. Elige invariablemente *el bien a corto* plazo. Tiende a prodigar todo lo que signifique placer inmediato, a padecer cuando alguien carece de cosas y no cuando carece de voluntad, a dar a los demás lo que *a primera vista* necesitan, a dar irreflexivamente lo que ellos pidan, sin la menor consideración sobre si lo que les dio no irá *después* a perjudicarlos. Esta actitud le es echada en cara por el *amor exigente*.

Por eso, los practicantes del amor superficial suelen percibir como enemigos a los practicantes del amor exigente; mientras éstos sienten cierta molestia por la superficialidad de los primeros, pero de ninguna manera creen tener objetivos contrapuestos.

Otro factor es que el amor puede ser superficial por dos razones: porque se posee una sensibilidad superficial o porque *se tiene miedo* de sentir, mirar o pensar profundamente.

Los superficiales por simple incapacidad tienden a *no comprender* a los

practicantes del amor exigente; los superficiales por miedo tienden a *odiarlos*, a desear que desaparezcan.

Los practicantes de uno u otro tipo de amor tenderán a procurar a los demás exactamente lo mismo que consideran bueno para ellos.

La diferencia fundamental continúa residiendo en la *convicción* de cada uno sobre *qué es el hombre*.

Para quien está convencido de que el hombre necesita por sobre todo *desarrollarse*, de que únicamente es hombre *cuando se desarrolla*, el no desarrollo aparece como un modo de muerte, de *desaparición del hombre como hombre*, aunque prosiga existiendo como ente biológico. Esta posibilidad le resulta tan pavorosa como ver a un semejante morir ahogado o aplastado.

De ahí que quien siente *amor exigente* quiere para los demás cualquier tipo de bienes *mientras no se contrapongan con su desarrollo*. Cuando exista una contraposición entre un bien externo y el desarrollo interno, siempre dará prioridad a este último. Incluso cuando se contraponga con la necesidad de comer; porque su convicción sobre la naturaleza humana le dice que en llegado el caso toda persona extraerá de sí la capacidad necesaria, se pondrá en movimiento, *se desarrollará*, para obtener el alimento que su hambre le exige.

Y si el hambre *exige*, el partidario del amor exigente nunca estará del todo convencido de que sea un mal.

Además del amor superficial, existe para el partidario del amor exigente otra atrocidad: *el amor fingido*, que aparenta dar algo por amor pero lo da con un interés oculto.

Cuando alguien da algo puede hacerlo con sincero afán de hacer el bien a otro, o como medio para lograr indirectamente su propio bien.

También se puede actuar por interés pero sin ningún tipo de *amor fingido*, como cuando un vendedor da algo a un comprador y éste le paga; porque ambos actúan *abiertamente y de mutuo acuerdo* en su propio beneficio.

Cuando alguien da desinteresada y sinceramente, entra en juego lo que realmente cree sobre *qué es el hombre y qué necesita*. Aquí puede haber algún efecto perjudicial, que *empeore* a quien reciba un aparente bien, solo a causa de la *superficialidad* de quien ve un bien superficial como bien supremo.

Cuando alguien da algo con un fin oculto, como lograr que el otro le preste atención, lo crea buena persona, le haga favores o lo vote en las siguientes elecciones, lo que da no suele ser un bien relacionado con el *desarrollo* del hombre sino con sus deseos inmediatos, porque *intenta gustar*; mientras que la exigencia o la incitación al desarrollo *no suelen gustar*.

Como consecuencia, la práctica de dar algo para beneficiarse uno mismo tiende a *enviciar*, a *corromper*, a acostumbrar a los otros a *esperar ser beneficiados* en vez de intentar desarrollarse. A su vez, los "beneficiados" por ese obsequio mezquino tienden a congraciarse con su "benefactor" para asegurarse la continuidad del beneficio, y lo hacen dándole lo que éste procura, que en tales casos tampoco es una contribución al desarrollo humano.

De modo que quien vive el *amor exigente* se ve ante un mundo que, ya sea por efecto de la ignorancia o de la mezquindad, suele interferir y hasta atrofiar el desarrollo de lo más valioso del hombre.

Y a cada instante puede presentársele, sin que se dé cuenta y sin que lo haya deseado, la disyuntiva entre *favorecer o desalentar el desarrollo del hombre*.

Casi todo lo que hacemos a diario, casi todo lo que se nos cruza en el camino y nos exige una respuesta, va a incidir en uno o en el otro sentido: cuando nos piden, cuando nos preguntan, cuando resolvemos cada detalle de nuestras tareas, cuando hacemos un regalo, cuando intervenimos con nuestra voz o nuestro voto en la vida colectiva, etc., etc.

El núcleo de todo acto del amor exigente es en última instancia la *educación*, concepto cuyo significado original (*e-*: dirección *eferente*, desde dentro hacia fuera; y *ducere*: conducir) indica ya la finalidad de *extraer* desde el interior del hombre una potencia que reside en él.

Aunque no se desempeñe como *educador profesional*, quien lleva dentro de sí el *amor exigente* se encuentra con que casi todo encuentro con otro es un desafío, una elección entre *educar o maleducar*. Sin que lo deseemos, tendremos que responder ante cada circunstancia de un modo que, casi sin opciones intermedias, tenderá a *mejorar o empeorar* a quien se cruce con nosotros e, indirectamente, al mundo en que reside.

Si bien todos los seres despiertan la inquietud de quien siente amor exigente, el punto central de ésta lo ocupan *los hijos* y los niños en general, porque para el amor exigente es un crimen, una traición a la condición humana, traer seres humanos al mundo y no prestar atención al desarrollo de ese *algo más* que pueden ser. Tratarlos *como si fuera lo mismo desarrollarse que no desarrollarse* sería un incumplimiento tan grande como no alimentarlos.

Además de los hijos propios importan los otros niños, que por estar comenzando la vida están desarrollando los cimientos de lo que serán, y aunque no estén especialmente a nuestro cargo sucederá con ellos como con cualquier otra persona: en cualquier momento pueden cruzarse con nosotros y ser *educados o maleducados* por lo que les respondamos. Para el amor superficial, ver a un niño es invariablemente agradable y gracioso. Para el amor exigente, ver a un niño puede ser agradable o indignante, porque en muchos casos significa encontrarse con un ser que, a causa de la superficialidad de quienes le rodean, ha adquirido hábitos que lo llevarán a un futuro doloroso.

Como a la gente no suele gustarle que *le exijan* o que le propongan objetivos difíciles, el *amor exigente* puede exponernos a enfrentamientos y disgustos cada vez que se plantee la opción de educar o maleducar; puede generar la creencia de que *no amamos* a esas personas a las que en vez de darles lo que desean *les exigimos* que sean lo que en ese momento no son.

Es muy común contraponer a las exigencias del amor exigente la idea de *amar a las personas tal como son*. Pero hay que prestar atención a un detalle: si alguien dice eso con esas palabras es porque está suponiendo que las personas son *permanentemente iguales*, que son *entidades*

estáticas, y que el bien del hombre no tiene ninguna relación con su crecimiento interior.

Para quien no crea que el hombre sea una entidad estática, inmodificable como un mineral, no hay posibilidad más horrible, tanto para sí como para otro, que seguir siendo total y permanentemente igual.

Para quien concibe al hombre como un ser en proceso de superación y con capacidad de superarse, *amar a las personas tal como son* consiste precisamente en *amarlas como seres que viven en permanente desarrollo*, como seres cuyo mayor bien es ser cada vez mejores, y, por lo tanto, como seres que padecerían la mayor de las desgracias si se estancaran.

En esa permanente disyuntiva entre mejorar o empeorar el mundo, aparecerá a cada paso la opción de educarse o maleducarse a sí mismo; porque habrá que elegir entre ser fiel al deseo de recibir buenos tratos o ser fiel al *amor exigente* y a la finalidad de desarrollarse, de no empeorar como persona ni alimentar el empeoramiento de quienes nos rodean.